

plástica

Tiempos inciertos: intercambios desde el encierro

por Mabel Larrechart



Refracción de realidades, los trazos incansables que Larrechart ha puesto a nuestra disposición para acompañar algunos textos de esta edición son un diálogo interesante que se planteó la artista en medio de las angustias que la pandemia iba imponiéndonos.

Ella misma aterriza en un texto esta experiencia para mayor Norte, dejando claro que el terreno artístico abonó una singular tabla de salvación de esta experiencia que no sabemos cuándo puede llegar a acabar.

A principios de 2020, no recuerdo el día exacto, envié saludos por Facebook a una exalumna, por su cumpleaños. Se había mudado a una ciudad en China, me encontré con esa novedad. Aparecía en una foto con un cubrebocas y relataba la experiencia de estar viviendo una extraña situación, que en ese momento me pareció más una película de ficción científica que algo real.

Al final, escribía algo como esto: “Aquí el virus no se ha propagado demasiado porque las medidas que las autoridades están tomando resultan muy efectivas. Pero pienso en mi país y Latinoamérica en general... ¿Cómo harán allá cuando esto llegue? Porque no creo que tengamos el presupuesto necesario y, por naturaleza, somos sociedades desobedientes”.

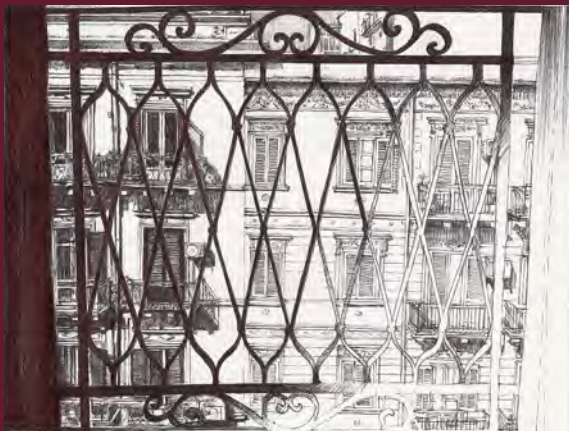
Su relato fue mi primer contacto con la idea de una pandemia y me puso en alerta. Intenté investigar, escribí a mis amigos para intercambiar opiniones y en general, sus respuestas fueron tranquilizadoras. Se trataba de una manipulación, una exageración mediática y seguramente no iba a pasar nada, afirmaban. Incluso enviaron estadísticas sobre el número de muertes por cáncer comparadas con las de la covid-19 y notas periodísticas que analizaban el fenómeno desde una postura bastante crítica.

Pero no pasó mucho tiempo para que aquella película se transformara realidad. Cuando comenzó la cuarentena en México, tanto el gobierno de la ciudad como el federal, aplicaron varias medidas de precaución para evitar el contagio masivo: acondicionaron los centros de salud, se suspendieron las clases presenciales y cualquier tipo de evento, cerraron los negocios... En fin, lo que todos ya sabemos. La ciudad, donde vivimos más de 20 millones de habitantes, se transformó en una ciudad fantasma. Hasta el día de hoy, el impacto de la pandemia es terrible, sobre todo para la salud y la economía de los más desamparados.

En esos primeros días, nos mantuvimos atentos a las noticias que nos enfrentaban a una penosa realidad: personas viviendo situaciones muy difíciles, el número de muertos y contagios que se elevaba día a día, el esfuerzo de los trabajadores de la salud por enfrentar y contener la tragedia. Yo sentía mucha angustia.

Me asaltaban temores, pensamientos negativos, miedo a enfermarme y temor por las personas que amo. Sobre todo, me descolocaba la horrible incertidumbre de no entender qué estaba pasando y qué iba a pasar.

Poco a poco fui encontrando algo de calma. Y entonces ese temor se transformó en vergüenza. Entendí que mi situación seguía siendo de privilegio: una casa equipada para vivir cómodamente, mi estudio que está dentro del mismo edificio, la posibilidad de mantener una comunicación constante con mi familia y amigos, provisiones y comida para más de dos meses, agua potable, luz... Y es así como apareció la idea para este proyecto. Porque ser artista, en cierta forma, es tener un trabajo privilegiado.



En ese tiempo había empezado una serie de dibujos de paisajes urbanos. Hice previamente unas fotos tomadas en la calle, porque me interesaba trabajar sobre la proyección de las sombras de los árboles sobre las fachadas de las casas, fábricas o persianas de negocios. Durante el proceso, comencé a notar que la propuesta resultaba completamente banal, considerando el caótico contexto. Entendí que estábamos viviendo algo

insólito y que era el momento para encontrarse con los otros, hablar de lo que estaba ocurriendo, compartir lo que sentíamos. Si bien las medidas de precaución insistían en mantener la distancia, yo pensé que era la oportunidad para acercarnos. Un momento especial, un tiempo para pensar en el significado y la importancia de la vida.

Empecé por armar una dinámica muy sencilla, pidiendo a los vecinos, familiares y amigos que enviaran una fotografía de su ventana y algún mínimo relato de lo que estaban viviendo. Aproveché los recursos de comunicación y las redes sociales y muy rápidamente se generó una red de intercambio. Armé un archivo para organizar las imágenes y los datos. Actualmente este archivo contiene más de sesenta imágenes.

Si bien en mi trabajo empleo diferentes medios, me defino como dibujante. Así es que, desde un principio la idea para el proyecto fue traducir las imágenes de los otros a través del dibujo; una manera de

apropiarme de su experiencia y una estrategia de acercamiento e intercambio. Cada vez que terminaba un dibujo lo enviaba a la persona que mandó la foto para mantener viva esa conexión.

Debo reconocer que mi obra siempre refleja una marcada inquietud por el pasado y la memoria. Como artista, me preocupa entender cómo se va construyendo mi vínculo con la comunidad. Probablemente, por la etapa de la vida en la que me encuentro —y porque me siento afortunada—, ahora pienso en estos momentos críticos como una pausa en lo cotidiano, un tiempo incierto, que nos obliga a confrontarnos no solo con una experiencia extraña, sino con nosotros mismos. Si logramos salir ilesos de esta crisis (un poco heridos, quizá), a mí me gustaría que nos viéramos de manera diferente: más humanos, más sensibles, más cálidos, menos arrogantes.

